
Taliban. Islam, oil and the new great game in central Asia	165
<hr/>	
Queremos informarle de que mañana seremos asesinados junto con nuestras familias. Historias de Ruanda	169
<hr/>	
Hope for Rwanda	172
<hr/>	
Ayuda alimentaria y desarrollo: Modalidades, criterios y tendencias	174
<hr/>	
Los nudos gordianos	176
<hr/>	

TALIBAN. ISLAM, OIL AND THE NEW GREAT GAME IN CENTRAL ASIA.

Ahmed Rashid
I.B.Tauris Publishers,
Londres/Nueva York, 2000,
274 páginas.

En los tiempos que corren decir talibán es decir violación de derechos humanos, terrorismo internacional, tráfico de drogas, opresión de mujeres, guerra y fundamentalismo islámico. El nuevo libro de Ahmed Rashid constituye, sin lugar a dudas, el más completo y detallado análisis de este fenómeno hasta la fecha, sobrepasando con creces el especulativo “Taliban” escrito por Peter Marsden en 1998.

Tras una detallada introducción que aborda la geografía e historia de Afganistán, desde las conquistas de Alejandro Magno en el año 329 antes de Cristo hasta la retirada de las tropas soviéticas en 1989, la primera parte del libro explora los orígenes del movimiento talibán y su expansión territorial desde su base en Kandahar. El mayor acierto de este apartado es sacar —confiemos en que de una vez por todas— a los talibán de la nebulosa de misterio en la que han sido envueltos desde su aparición en 1994, para convertirlos en personajes reales, de carne y hueso, con raíces históricas y sociales definidas. El movimiento talibán fue una reacción de decepcionados jóvenes afganos de los campos de refugiados de Pakistán contra el caos criminal en el que los *muyahidin*, armados por Pakistán y Estados Unidos, sumieron al país tras la retirada de las tropas

soviéticas. La nueva milicia islámica, apoyada por una entusiasta población cuyo único deseo era poner fin a la violencia, conquistó en pocos meses las provincias étnicamente afines del sureste del país sin apenas un disparo. Tres años después controlaba ya el 90% del territorio. Eliminando por la fuerza a sus oponentes y obligándoles a aliarse, los talibán polarizaron el conflicto y lo redujeron a los dos bandos actuales: ellos contra la “*Northern Alliance*” de Massuod. Leer esta historia es ser testigo de la destrucción progresiva de una de las culturas más ricas y fascinantes de Asia Central, una cultura que, paradójicamente, luchó de forma desahogada por mantenerse viva contra mongoles, británicos y soviéticos para ahora autodestruirse en una lucha fratricida.

La segunda parte, a pesar de titularse “Islam and the Taliban”, es más bien un cajón de sastre que trata temas de índole diversa. El autor dedica un capítulo, no tanto a interpretar el origen del credo religioso talibán, sino a narrar la historia de los partidos, órdenes y *madrassas* islámicas que influyeron en el nacimiento y evolución del movimiento, un grupo que “ha dado al fundamentalismo islámico una nueva cara y una nueva identidad para el nuevo milenio”. Rashid explora la organización política y militar de los talibán, dando una idea de lo complejo que puede ser negociar con sus líderes y las tensiones internas que conlleva su peculiar estructura e ideología, ya que a sus miembros “parece no preocuparles la tarea diaria de gobernar”. Esta parte concluye con tres capítulos dedicados a temas de actualidad: el tratamiento de las mujeres —

quizá el aspecto más mediatizado de la política talibán—; el papel del cultivo de opio y el contrabando en la economía talibán y el mantenimiento de las hostilidades; y el apoyo de Afganistán al terrorismo internacional y la incapacidad e incompetencia de los países occidentales para resolver el problema.

En su novela *Kim*, Rudyard Kipling inmortalizó la guerra subterránea de espías y pactos de anexión por el control de Asia Central, entre la Inglaterra victoriana y la Rusia zarista, con el nombre de “The Great Game”. Ello inspira a Ahmed Rashid el título de la última parte de su libro: “The New Great Game”. El autor desgrana con todo lujo de detalles las reglas de esta versión contemporánea del “Gran Juego” y los intereses y trampas de sus jugadores: las compañías petrolíferas, los países de Asia Central, Rusia, EE UU, Turquía, Israel, Irán, Arabia Saudí y Paquistán. Es aquí donde Rashid —periodista paquistaní que ha cubierto durante más de dos décadas los conflictos en esta parte del mundo para *The Far Eastern Economic Review* y *The Daily Telegraph*— combina la gran variedad de factores e intereses políticos, económicos, sociales, étnicos y religiosos que convergen en Afganistán. De este modo se presenta una coherente visión regional y geoestratégica de un conflicto complejo como pocos que, con Guerra Fría o sin ella, no ha dado un minuto de paz a la sufrida población afgana durante los últimos veinte años. El libro tiene el mérito de reunir en un sólo volumen las experiencias personales del autor y la información hasta ahora dispersa en artículos, libros, revistas, publicaciones acad-

émicas y transcripciones de seminarios. Pero ese mérito es quizá también su mayor flaqueza, ya que aporta poco material original al debate. Rashid, a pesar de su origen y religión, escribe para contentar y gustar a un público occidental que, en su mayoría, necesita ser convencido de que los prejuicios que tenía sobre la problemática talibán son ciertos y no quiere oír versiones no oficiales. El libro constituye una interesante introducción a la coyuntura regional en general y al fenómeno talibán en particular, que satisfará al lector no familiarizado con la zona pero que, en cierto modo, sabrá a poco a aquellos más informados sobre la situación.

Sorprende, por ejemplo, que apenas se dé importancia al hecho de que los talibán nunca han sido reconocidos como Gobierno oficial del país y que es Rabbanni, que apenas controla el 10% del territorio, el que ocupa un asiento en la Asamblea General de Naciones Unidas. Es ésta una situación única que merece especial atención, pues la obtención de reconocimiento internacional determina de forma casi obsesiva la política exterior de los talibán y sus relaciones con la ONU, las agencias humanitarias y otros países. Algo parecido ocurre con la omisión del cambio de Estado Islámico a Emirato Islámico, decretado por Mullah Omar en octubre de 1997: algo más que un simple cambio de nombre, ya que implica una forma de gobernar muy diferente que Rashid obvia en su análisis. Cuando se trata de evaluar el papel de EE UU en el conflicto, el autor critica duramente su apoyo a grupos radicales *muyahidin* durante la lucha contra la invasión soviética en la década de los ochenta, algo que todos los

implicados han negado —y siguen negando oficialmente— pero que, a estas alturas, ya nadie duda. Sin embargo, evita criticar el papel de la Casa Blanca en el Afganistán actual ciñéndose a la versión oficial de que, en protesta por las violaciones de los derechos humanos, dado su apoyo al terrorismo internacional y en cumplimiento de las sanciones impuestas por la ONU, Estados Unidos no mantiene relaciones comerciales con el movimiento talibán. Pretender que, antes, el Gobierno estadounidense tenía interés en apoyar la estabilidad proporcionada por los talibán para abrir oleoductos y que, ahora, debido a Bin Laden y a los derechos humanos, Washington renuncia al enorme potencial económico de Afganistán, es ilusorio e irrealista. Basten dos breves ejemplos: desde hace unos meses, una empresa de telecomunicaciones estadounidense, dirigida por un ciudadano de este país y camuflada bajo el acrónimo de una organización afgana, ha instalado en Kabul y Kandahar más de 2.000 líneas de telefonía terrestre y móvil, nacional e internacional y planea ampliar sus servicios a Herat, Jalalabad y Mazar. Por otra parte, en abril de 1999 recibí en mi casa de Herat a cuatro huéspedes traídos por los talibán: dos griegos, un palestino y un estadounidense que trabajaban para las compañías petrolíferas Delta y Unocal (saudí y estadounidense respectivamente), venidos para inspeccionar la ruta de un futuro oleoducto Turkmenistán-Pakistán y posibles explotaciones mineras en la zona. Esta prospección no figura en la cronología del Apéndice 4 del libro. Así pues, pese a todos los aspavientos de Madeleine Albright con respecto

a la situación de la mujeres en Afganistán, la cámara de comercio estadounidense sabe bien que las posibilidades económicas de la zona son enormes, que su importancia geoestratégica es incuestionable y que EE UU no puede permitirse renunciar a tomar posiciones ahora, para cuando la situación se establezca en el futuro. Aunque más discretamente que antes y siempre de forma oficiosa, la práctica es “*business as usual*”. Hablando de la situación de las mujeres, a uno no deja de ponerle un poco nervioso que, cada vez que el autor desea explicar que las afganas gozaban antes de más libertad que en la actualidad, lo hace describiéndolas vistiendo falda y zapatos de tacón (en ocho ocasiones a lo largo del libro). Sin embargo no menciona que, con zapatos de tacón o sin ellos, las mujeres nunca han podido elegir a su marido; apenas da importancia al hecho de que la escolarización femenina en el país nunca ha superado el 7%; que el burka era utilizado mucho antes de la aparición de los talibán y es un fenómeno puramente urbano; que ninguna afgana puede trabajar es sólo cierto si consideramos la agricultura y la ganadería como pasatiempos (el 95% de la población afgana vive en zonas rurales donde las mujeres trabajan y no llevan burka); o que en octubre de 1998 fue publicada una directiva talibán prohibiendo el matrimonio forzoso (que no menciona en el Apéndice 1 y que nadie respeta, porque lo que se respeta en Afganistán no son las normativas de los talibán o cualquier otro grupo, sino la estricta tradición social). Rashid admite que la situación de las mujeres no es nueva, pero se deja llevar por el recurso fácil de

achacar a los talibán la mayoría de los males de la actual sociedad afgana. Efectivamente, las condiciones de vida de las mujeres deben cambiar en nombre de la dignidad y los derechos humanos, pero las afganas no luchan sólo contra los talibán —eso sería lo más fácil— sino contra sus abuelos, padres y hermanos que perpetúan un sistema mucho más opresivo, producto de unas tradiciones obsoletas (especialmente las del *pushtunwali*) y un control social extremadamente conservadores que imperan desde hace siglos. El análisis político es, quizá, el aspecto menos imparcial y más tendencioso del libro. Rashid apenas puede ocultar su inclinación por Massoud, a quien presenta como un admirado comandante y la especie de demócrata en que —ante la necesidad de simplificar el conflicto para una opinión pública desinformada— le han convertido los países occidentales. Massoud viene a ser el equivalente afgano del ugandés Yoweri Museveni: el “demócrata de partido único” favorito de Clinton. El León del Panjshir es un radical islámico que lleva casi toda su vida en la brecha. Durante veinte años ha ido cambiando de bando y discurso recibiendo apoyo de EE UU, Rusia, Irán, India, Tayikistán y Francia (cuya implicación no aparece ni una sola vez en el libro). Massoud no es mejor ni peor que los talibán sino más de lo mismo. En la zona bajo su control también las mujeres llevan burka, la escolarización es irrisoria, se reclutan niños para la lucha, se tortura de forma sistemática, se encarcela sin juicio... Las páginas de este libro están llenas de traiciones, alianzas, amores, odios, compañías

petrolíferas sin escrúpulos, familias destrozadas, muertos, desapariciones, masacres, complots, CIA, KGB, ISI, Mossad... todos los ingredientes para una atractiva novela de aventuras y acción, de no ser porque no es ficción y porque, desgraciadamente, lo que en ella se cuenta es real y desconocido para la mayoría. Uno tiene que estar de acuerdo con la pesimista conclusión de Rashid: “Si la guerra en Afganistán continúa siendo ignorada, sólo podemos esperar lo peor.” Kabul no es Afganistán. Los talibán no son un extraño grupo venido del espacio ni resucitado de la Edad Media, sino un producto de la sociedad y cultura de las que proceden; y la mayor tragedia del Afganistán actual no son los talibán, sino la falta de alternativa a ellos. Teniendo en mente estas tres premisas, e independientemente de las opiniones personales sobre la situación en Afganistán, el libro de Rashid es un loable intento de rescatar del olvido a una población que ha sufrido durante generaciones los horrores de la guerra y la intolerancia.

Jordi Raich
MA Relaciones Internacionales

**QUEREMOS
INFORMARLE DE QUE
MAÑANA SEREMOS
ASESINADOS JUNTO
CON NUESTRAS
FAMILIAS. HISTORIAS
DE RUANDA.**

Philip Gourevitch
Editorial Destino, Barcelona,
1999, 404 páginas.

**SEARCH FOR
SECURITY: HUMAN
RIGHTS ABUSES IN
RWANDA.**

Human Rights Watch
Vol. 12, N° 1 (A), abril de
2000, 24 páginas.

El genocidio de Ruanda, que comenzó en abril de 1994 y llevó a la muerte a 800.000 tutsis en menos de cien días, a manos de la mayoría hutu, sigue despertando el interés de muchos autores. La mayor parte de los textos se centran en analizar las causas por las que la comunidad internacional no respondió a las evidencias y no hizo nada por detener las masacres. Philip Gourevitch va un paso más allá: lo que quiere es desentrañar, para explicar a los demás y sobre todo a sí mismo, los mecanismos políticos, sociales, económicos e incluso psicológicos que contribuyeron a desatar una matanza de proporciones y métodos sin precedentes. Intercalando el análisis histórico con los testimonios de algunos de los supervivientes de la violencia —tutsis y también hutus, entre ellos algunos instigadores y participantes en los hechos— revisa la historia de este país centroafricano, en un intento de buscar una explicación para el

fenómeno.

Gourevitch parte de la historia precolonial de Ruanda y de sus estructuras políticas y sociales para centrarse a continuación en el papel de los colonizadores belgas —apoyados por la Iglesia católica— en la creación de una conciencia de diferencia étnica entre grupos que durante siglos se habían mezclado entre sí y entre los que nunca se habían producido enfrentamientos por motivos raciales, en lo que denomina proceso de “exaltación del odio”. Después de la independencia, en 1962, el Gobierno de mayoría hutu que subió al poder reprodujo, con igual intensidad, los mecanismos de desigualdad que antes habían sufrido ellos, y utilizó el odio étnico como un mecanismo de control social, incitando a realizar masacres contra los tutsis. Con la llegada a la presidencia de Juvenal Habyarimana, en 1973, nos encontramos ante los antecedentes del genocidio, ya que periódicamente empezaron a aparecer noticias del exterminio de aldeas tutsis a lo largo y ancho del país.

El autor se centra en tres factores para su análisis: el papel de la corte que rodeaba al presidente Habyarimana (la *akazu*) en el control del Estado y de los recursos políticos y económicos, y en la creación de un sistema clientelista, sustentado en alianzas; el apoyo francés a un régimen considerado amigo a pesar de sus numerosos abusos, y al que se proporcionó asistencia técnica, económica y militar en un intento de captar a Ruanda para su área de influencia en África; y, por último, las estructuras tradicionales de la sociedad ruandesa en lo social, político y económico, basadas en estrictas pirámides de poder y de

relación entre protectores y defensores incondicionales. Como señala Gourevitch, “la ley del más fuerte rige desde la célula social más pequeña hasta la autoridad central más poderosa”. El grupo del Noroeste — lugar de origen del presidente— convirtió el Estado ruandés en un instrumento para su provecho, a través del control de empresas paraestatales, del aparato político del Estado y del ejército. Cuando en 1990, debido a las presiones internacionales, Habyarimana anunció la apertura a un sistema político pluripartidista y, en 1993, la firma del acuerdo de paz de Arusha con los tutsis del Frente Patriótico Ruandés, que atacaban desde el exilio, la *akazu* se agarró con más fuerza que nunca a los resortes que controlaban el Estado y la represión se agudizó, extendiéndose las matanzas. Ante la perspectiva de una apertura política que podía suponer la pérdida de sus privilegios, la *akazu* se mostró como el verdadero poder en la sombra, más poderoso aún que Habyarimana, y comenzó los preparativos del genocidio de forma meticulosa y exhaustiva, armando y entrenando milicias en todo el país. El 6 de abril de 1994 Habyarimana murió en un atentado (nunca aclarado) y el dispositivo se puso en marcha: las masacres comenzaron en apenas unas horas. El modo en que se produjo el genocidio de Ruanda difiere mucho del que se llevó a cabo con los judíos en Europa, ya que no se trató de un asesinato en masa sino de un proceso víctima a víctima, con machetes, azadones, lanzas, hachas y cualquier tipo de instrumento manual. El ritmo de las matanzas fue estremecedor. Gourevitch

subraya que, aunque se ha querido presentar la situación de Ruanda en 1994 como un ejemplo del caos y anarquía que caracteriza a los Estados fallidos, el hecho es que el genocidio fue el producto de décadas de orden, autoritarismo, teoría y adoctrinamiento político. Sería, así, una forma de construir una comunidad, y de hecho sólo se desencadenó de manera masiva ante la perspectiva de la llegada de la paz y con ella de la pérdida de privilegios. El autor analiza con suma dureza la inacción de la comunidad internacional ante un conflicto que no comprendía y al que no concedió excesiva importancia, y la inoperancia de Naciones Unidas, bajo la influencia de las Administraciones francesa y estadounidense: la primera, empeñada en apoyar a un régimen amigo a pesar de las evidencias, y la segunda todavía paralizada por el “síndrome de Somalia”. No escapan tampoco a las críticas los medios de comunicación ni las organizaciones humanitarias que llegaron a los campos de refugiados del este de Zaire, que con su actitud —voluntariosa pero poco realista y con errores de percepción— no contribuyeron a mejorar la situación. La segunda parte del libro estudia las difíciles perspectivas que se abren ante este país, donde las instituciones del Estado están destruidas y la población lastrada por el odio, el resentimiento y la sospecha: todos aquellos que no fueron víctimas son en alguna medida sospechosos de ser culpables. Estas dificultades las afronta también el Tribunal Penal creado por la ONU para juzgar a los culpables del genocidio. Hace tan sólo dos años había en las cárceles ruandesas 125.000 presos acusados de este crimen, en

condiciones infrahumanas, pero los recursos para realizar juicios rápidos y con garantías de legalidad nunca han llegado. La inestabilidad en Ruanda ya se ha trasladado a países vecinos, entre ellos la República Democrática del Congo (ex Zaire) y la sucesión y complejidad de las alianzas en esta zona de África no hacen presagiar un futuro de paz. Precisamente las dificultades que atraviesa la sociedad ruandesa son el objeto del documento de Human Rights Watch *Search for Security: Human Rights Abuses in Rwanda*, publicado en abril de este año. Partiendo de entrevistas realizadas en el terreno por sus colaboradores, esta organización de defensa de los derechos humanos denuncia los abusos que, en nombre de la seguridad, cometen el Gobierno ruandés y miembros de su policía y Fuerzas Armadas. Esta organización ya publicó en 1999 un impresionante informe (Human Rights Watch and International Federation of Human Rights, *Leave None to Tell the Story. Genocide in Rwanda*, Human Rights Watch, New York, 1999), una investigación a fondo sobre las raíces del conflicto, cómo se fraguaron las matanzas, la inhibición de Occidente y las consecuencias de todo ello para los derechos humanos. En los últimos años la sociedad ruandesa se ha militarizado: ahora cuenta con 5.000 personas en el ejército, una fuerza de policía nacional, miles de oficiales de policía local, varios miles más en las Fuerzas de Defensa Local y grupos de civiles que patrullan durante la noche en muchas comunidades del país. Se han producido numerosos casos de violaciones de los derechos humanos en nombre de la seguridad: cientos de personas

han sido atacadas en sus casas, asesinadas o “desaparecidas” sin explicación, tanto hutus como tutsis —pero siempre detractores del Gobierno del general Paul Kagame, que adopta tintes cada vez más autoritarios—. Con la excusa de luchar contra los grupos hutus opositores en el exilio y sus incursiones en territorio ruandés, se ha dado a estos grupos armados un poder casi absoluto sobre la población. Más recientemente, desde mediados del año pasado, las sospechas se han extendido también a los supuestos simpatizantes del último rey de Ruanda: Kigeli V Ndahindurwa, que desde 1961 ha vivido en el exilio, en Kenia y EE UU. Las acusaciones de traición han servido, entre otras cosas, para acabar con la carrera política del líder tutsi moderado Joseph Kabuye Sebarenzi y para presionar y silenciar a los medios de comunicación descontentos con la situación. Se ha detenido a numerosos ciudadanos bajo la acusación de ayudar a otros a salir de Ruanda y se ha obligado a volver por la fuerza, desde Burundi o Uganda, a personas que ya habían huido. Individuos de uniforme cometen crímenes en plena calle con total impunidad y numerosos hombres y mujeres son reclutados a la fuerza para combatir en el Congo, algunos incluso menores de 14 años. Human Rights Watch quiere recordar, ante todo, que estas situaciones son evitables, y más teniendo en cuenta la dependencia de la ayuda externa que tiene el Gobierno ruandés (en 1999 llegó a ser un 45% del presupuesto nacional). Si la comunidad internacional quiere poner freno a los abusos, debe suspender su asistencia militar al ejército ruandés hasta que se

investiguen y juzguen los abusos contra civiles; utilizar la presión diplomática para exigir el respeto a los derechos humanos y, por último, condicionar su ayuda a la protección efectiva de los ciudadanos, el funcionamiento del sistema de justicia y la garantía de la libertad de expresión, prensa y asociación.

Más que esto le exige a la comunidad internacional la Organización para la Unidad Africana, que acusa a Estados Unidos, Francia, Bélgica y las iglesias católica y anglicana de haber cerrado los ojos ante el genocidio y no haber adoptado ninguna medida para ponerle fin (International Panel of Eminent Personalities, *Rwanda: The Preventable Genocide*, Organización para la Unidad Africana, 7 de julio de 2000, disponible en www.oua-oau.org). Según este informe, que estudia de forma exhaustiva el papel de los diferentes actores en las masacres y el conflicto, son estos países e instituciones quienes deben financiar, en gran medida, la reconstrucción y reconciliación de Ruanda. El grupo de expertos que firma el documento ha reclamado al secretario general de la ONU, Kofi Annan, que establezca una comisión para delimitar exactamente las responsabilidades y definir qué países deben contribuir con mayores fondos a la reconstrucción.

Mabel González Bustelo
CIP

**HOPE FOR RWANDA.
(CONVERSATIONS
WITH LAURE
GUILBERT AND HERVÉ
DEGUINE).**

André Sibomana
Pluto Press, Londres, 1999,
181 páginas.

“Desde abril a julio [de 1994], Ruanda vivió los cien días más oscuros de su historia”. Se sumergió en las profundidades de la crueldad humana, en el genocidio. El sacerdote ruandés André Sibomana explica, a lo largo de este libro, los acontecimientos que llevaron a la guerra en que se vio inmerso su país en 1990 y que culminó en 1994, cuando el asesinato del presidente Juvenal Habyarimana fue la orden para comenzar las masacres contra tutsis y hutus moderados. Ruanda se sumió en el horror ante la estupefacción e indiferencia de la comunidad internacional: “Pronto, no fue necesario animar a la gente a matar: la violencia se alimenta de violencia, como el fuego. La gente se volvió loca y perdió todos los puntos de referencia. Mataba, mataba y mataba”. Como periodista y activista de una organización pro derechos humanos, Sibomana tenía en sus manos informaciones que anticipaban los acontecimientos. “Fui a todas las embajadas y las agencias de Naciones Unidas llevando informes de la Asociación para la Defensa de los Derechos Humanos y explicándoles, una y otra vez, hacia dónde se dirigía nuestro país. Ninguno de los diplomáticos que se encontraban en Ruanda en ese momento puede decir que no sabía lo que iba a suceder”.

André Sibomana llamó a todas las puertas para avisar de que se estaba forjando una guerra. Pero ni Naciones Unidas ni la comunidad internacional reaccionaron ante las numerosas voces que denunciaron que se estaban planeando masacres. En el núcleo del libro, el religioso mantiene que el genocidio fue planeado. Sus organizadores, probablemente, no imaginaron que tomaría esas proporciones. Pero la catástrofe no hubiera sido posible sin la presión psicológica generada por la propaganda del Estado, que cambió las percepciones de la gente y la preparó para aceptar los comportamientos inhumanos de los que iba a ser testigo. Tanto las Fuerzas Armadas Ruandesas (FAR) como el Frente Patriótico Ruandés (FPR) masacraron a hutus y tutsis, en áreas en las que Naciones Unidas, los observadores y la prensa internacional tenían el acceso restringido. Sibomana sacó a la luz las matanzas y las torturas a las que era sometida la población publicando fotos y documentos en el diario que dirigía, *Kinyamateka*. A su juicio, la confluencia de tres acontecimientos puso término al genocidio: la derrota militar de las FAR; la creación de una zona humanitaria segura en el suroeste del país (en el marco de la Operación Turquesa que llevaron a cabo las fuerzas francesas) y el éxodo masivo de asesinos y civiles. Soldados y milicianos huyeron en masa hacia Tanzania. En julio de 1994, un millón de refugiados cruzó la frontera con Zaire y se instaló en las cercanías de Goma, en las desastrosas condiciones que todos conocemos. Cuando el Gobierno de Unidad Nacional se creó en Kigali, el 19 de julio, la guerra y

el genocidio habían terminado, pero no las masacres. Después de que el país quedara hundido en el odio, no ha habido ningún diálogo entre hutus y tutsis para revisar lo acontecido y acordar que no vuelva a suceder. ¿Reconciliación? “No estamos de acuerdo en lo que ha pasado y, por eso, somos incapaces de estar de acuerdo en el futuro o en prevenir más conflictos”. Desde 1994 las tensiones raciales han crecido. Las matanzas se siguen sucediendo, cometidas tanto por soldados del FPR como por antiguos milicianos de las FAR infiltrados en zonas rurales. Hoy, a pesar de los gestos oficiales, Ruanda no camina hacia la reconciliación. Los retos a los que debe enfrentarse son muchos: juzgar a los que tuvieron que ver con el genocidio, afrontar las divisiones étnicas que aún existen, democratizar el país, asegurar el respeto a los derechos humanos y las libertades. Pero el peor de todos es el miedo, el estado de terror en que vive Ruanda. André Sibomana nació en 1954, en el seno de una humilde familia de la comunidad de Masango. En 1980 fue ordenado sacerdote y, ocho años después, se convirtió en director del único diario privado del país, *Kinyamateka*. En 1991 creó la Asociación Ruandesa para la Defensa de los Derechos Humanos y las Libertades Públicas. Tras sobrevivir al genocidio, murió en marzo de 1998 aquejado de una rara enfermedad, el síndrome de Lyell. En este libro, fruto de una intensa entrevista, Sibomana ayuda a entender por qué y cómo los ruandeses prepararon y llevaron a cabo el genocidio de 1994. Desvela las tensiones históricas entre las etnias ruandesas y todos

los detalles que mediaron en el conflicto actual. Finalmente, explica las dificultades a las que se enfrentan los habitantes de su país cada día y la necesidad de mantener la fe y la esperanza para luchar contra ellas.

María Rosa Meneses Aranda
Periodista y Experta en
Información Internacional y
Países del Sur

AYUDA ALIMENTARIA Y DESARROLLO: MODALIDADES, CRITERIOS Y TENDENCIAS.

Karlos Pérez de Armiño
Hegoa, Bilbao, 2000, 310
páginas.

Desde el origen de la cooperación para el desarrollo, uno de los instrumentos sobre los que ha existido más polémica y discusión crítica ha sido, sin duda, la ayuda alimentaria. Ciertas iniciativas de los países donantes centradas en el envío de excedentes, sobre todo agrícolas, y su influencia sobre los hábitos alimentarios y las economías del mundo en desarrollo motivaron una visión muy crítica y problematizada de este instrumento por parte de ONG y otros actores, a pesar de que contaba con un fuerte apoyo de las opiniones públicas. Estas críticas dieron lugar, en los años setenta y ochenta, a un planteamiento más vinculado a las necesidades de las poblaciones beneficiarias y a su desarrollo, generando nuevos conceptos como el de seguridad alimentaria y nuevas prácticas,

mucho más sofisticadas, de ayuda.

La ayuda alimentaria “clásica” —visualizada en el envío de alimentos a los países necesitados— se sigue manteniendo en situaciones de emergencia y como componente fundamental de muchos programas de ayuda humanitaria. Sin embargo la ayuda alimentaria, actualmente, abarca un conjunto de instrumentos y objetivos que permiten hablar de un nuevo régimen de ayuda, en el que coexisten numerosas tipologías de actividad con el objetivo común de mejorar la situación alimentaria de las poblaciones y reducir su vulnerabilidad. En este contexto sería preciso mencionar que, así como en otros ámbitos la cooperación española —gubernamental y no gubernamental— ha tenido un espectacular crecimiento, en el de ayuda alimentaria y seguridad alimentaria no ha sido así, y las cifras muestran grandes oscilaciones y altibajos en la ayuda oficial y notables reticencias en la no gubernamental. Por ello este excelente libro es absolutamente pertinente en el panorama español, al ser el primer estudio que ofrece una panorámica global, actualizada y multifacética de la realidad actual de la ayuda alimentaria. Este trabajo está “a caballo” entre la obra académica y la divulgación para el mundo de la cooperación. Así, en varios capítulos contiene numerosas definiciones de conceptos, terminologías que pueden resultar confusas y planteamientos de diversos organismos, que ayudan al lector a profundizar en sus partes más analíticas. Algunos capítulos, basados en la tesis doctoral que el autor leyó hace

algunos años, han sido modificados para hacerlos más comprensibles al lector medio y se han incluido numerosas tablas y esquemas que aligeran el texto y permiten una mejor comprensión.

En los primeros capítulos se definen los conceptos fundamentales de seguridad alimentaria, nacional y familiar, y otros términos que se han ido acuñando tras los trabajos del Premio Nobel Amartya Sen, como el de titularidades, estrategias de afrontamiento (*coping strategies*), y una redefinición del concepto de hambruna. En un ámbito tan novedoso para nuestro país, es muy importante ir acuñando y consolidando el uso correcto de ciertos términos, pues las traducciones apresuradas de textos anglosajones han introducido conceptos confusos e inadecuados. En este sentido, ésta y otras publicaciones previas de Karlos Pérez en los muy trabajados *Working Papers* de HEGO han contribuido a crear doctrina y a consolidar un glosario en materia de ayuda alimentaria.

Tras un análisis histórico de la evolución de la ayuda alimentaria, se analiza su orientación geográfica y los enfoques multilaterales, bilaterales y no gubernamentales. Dado que es un campo muy polémico, se dedica un largo apartado a debatir algunas controversias que han surgido en la evolución de la ayuda y a reflejar el estado actual de tales debates. Así, se van desglosando temas “clásicos” como la utilización de la ayuda como herramienta de política exterior de los donantes, la influencia sobre la dieta de las poblaciones receptoras, la inadecuación de los

productos, la dependencia de la ayuda alimentaria y los desincentivos para los Gobiernos locales, la ruptura de las estrategias de afrontamiento, la relación con otros instrumentos de ayuda y otros muchos temas sobre los cuales el debate no está, ni mucho menos, cerrado.

En el apartado de instrumentos se realiza un análisis a fondo de la ayuda por programas, por proyectos y de emergencia y, en cada caso, el uso concreto de modalidades como los fondos de contrapartida, compras locales, programas triangulares y canjes, etc.

Por último, este libro incluye un estudio de la ayuda alimentaria de la Unión Europea —con un breve apartado sobre la española— y realiza algunas propuestas para la mejora de este instrumento y su mayor vinculación con el resto de los que componen la Ayuda Oficial al Desarrollo. Cuenta, además, con un extensa bibliografía sobre ayuda alimentaria, humanitaria y desarrollo, básicamente anglosajona, con apenas referencias a publicaciones más fácilmente asequibles en nuestro país y que, tal vez, hubieran resultado más útiles para los lectores de habla hispana.

El libro trata de incorporar aspectos prácticos para ONG y otros actores, proponiendo pautas para el diseño y gestión de proyectos o programas y mostrando algunas experiencias “de éxito” de las diversas modalidades de ayuda. Sin embargo, éste es un apartado que aún habría que desarrollar en el futuro para conseguir que los distintos actores —sobre todo las ONG españolas— superen las reticencias que han tenido hacia la ayuda alimentaria.

En definitiva, ésta es una obra

muy recomendable para las personas interesadas en la cooperación, tanto desde una perspectiva práctica como de conocimiento. Se trata de la primera recopilación y aportación de solidez sobre este tema en nuestro país y, sin duda, despertará interés en la “comunidad” de la cooperación, necesitada de obras de referencia y debate sobre nuestra cooperación y sobre las vías para mejorar su calidad y rigor.

Francisco Rey Marcos
Colaborador del CIP

LOS NUDOS GORDIANOS.

Federico Mayor Zaragoza
Prólogo: Adolfo Suárez
Edit. Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores. Barcelona, 1999, 200 páginas.

El autor transmite un mensaje de esperanza con respecto al futuro de la humanidad, cuando asevera que aún pueden cumplirse las expectativas de paz, cooperación y desarrollo. Contrapone los desastres producidos por las últimas guerras en los Balcanes, el Cáucaso y África a los cambios positivos habidos en Centroamérica, Sur de África, Este de Europa y en Oriente Medio. Las investigaciones médicas prometen una pronta reducción de las enfermedades que asolan las poblaciones — sida, cáncer, malaria—, y los extraordinarios adelantos de los medios de comunicación pueden proporcionar grandes posibilidades a la educación y a la cultura. Sin embargo, será muy difícil alcanzar una calidad de vida digna en una sociedad en la que

sólo una minoría disfruta de todos los bienes y privilegios; donde las mujeres se encuentran en inferioridad social y laboral; donde aumentan los flujos migratorios; donde hay ciento diez millones de niños no escolarizados y otros cien millones no terminan la enseñanza básica. En este mundo no se podrá consolidar la democracia ni tampoco se podrá preservar el medio ambiente. Se da la paradoja de que en los países del Norte hay muchas personas con formación universitaria que no consiguen trabajo, en tanto que en los países del Sur hay ochocientos millones de analfabetos marginados que trabajan en condiciones deplorables y permanecen en la más terrible pobreza. Mientras el Norte consume en exceso, despilfarra recursos y gasta grandes sumas en armamento, millones de niños en América Latina, África y Asia se mueren de hambre, de enfermedades o por la guerra. Estos desequilibrios ponen en peligro no sólo el desarrollo y la estabilidad sociales, sino la propia existencia del ser humano. Los informes del PNUD señalan cómo ha aumentado en los últimos años la desigualdad entre ricos y pobres; mientras las más grandes fortunas se incrementan, el ingreso de los setenta países más pobres es inferior al de 1980. Esto indica que no se han cumplido los planes de ayuda a los países más necesitados. Les hemos impuesto nuestros modelos políticos, educativos, culturales, además de unas normas severas para la financiación del desarrollo. Hoy, muchos de esos países están en conflicto, no sólo con otros de las mismas características, sino también con los países

industrializados, a los que se dirigen muchos refugiados políticos y económicos —en busca de un trabajo y una vida digna— que al llegar a sus fronteras se ven rechazados, para su sorpresa, con métodos que vulneran los derechos humanos más elementales.

Mayor Zaragoza defiende la necesidad de compartir, por solidaridad o egoísmo propio, ya que el destino de cada uno de nosotros está ligado de forma inexorable al de todos los demás: cuando una catástrofe natural o una guerra obliga a una población africana, por ejemplo, a emigrar a grandes ciudades del mundo desarrollado, aumentan en éstas los problemas sociales y económicos. A la inversa, si estalla una crisis en una industria de un país desarrollado, ésta puede dejar sin medios de vida a muchos campesinos de América del Sur o de África. Los problemas que afectan hoy a una parte de la humanidad afectan, en gran medida, a todo el planeta, por lo que ningún conflicto ni ninguna injusticia debe dejarnos indiferentes.

El medio ambiente no escapa a esta situación de desigualdad. Además de los fenómenos naturales, el ser humano ha agregado otros factores de riesgo para la naturaleza. Son muchos los problemas que hay que enfrentar y resolver: la energía y los recursos no renovables, la contaminación, el cambio climático, la desertización, la escasez —cada vez mayor— de agua potable. El agua será la protagonista del nuevo milenio, como lo fue el petróleo en el siglo XX. El uso irresponsable de este bien imprescindible hace peligrar el futuro de la civilización. El último Informe sobre Desarrollo Humano de Naciones Unidas

destaca que hay más de mil millones de personas que no disponen de agua potable. Su escasez da origen a conflictos, incrementados por factores políticos o religiosos.

Otro toque de atención para los Gobiernos es el incremento de la población previsto en estudios recientes de Naciones Unidas. Se calcula que, de los 5.700 millones de habitantes que tiene hoy la Tierra, se pasará a 8.500 millones en 2025 y a 10.000 millones en 2050.

Si se invirtiese más en educación, alcanzando los objetivos del Programa *Educación para Todos* de la UNESCO, disminuiría el riesgo de crecimiento desmesurado de la población. La regulación del crecimiento demográfico depende de las decisiones políticas que se tomen al respecto, teniendo en cuenta que el mayor índice de natalidad lo tienen las regiones con menores recursos educativos, sanitarios y económicos. Según estudios de la UNESCO, se ha demostrado que la educación es el factor clave, sobre todo para las mujeres. Gracias al control de la natalidad y a la mejora de la calidad de vida rural se reducirían las migraciones a las ciudades. Los movimientos migratorios ponen de manifiesto la necesidad de recuperar el entorno urbano, otrora ámbito de solidaridad comunitaria y de vínculos sociales, ahora caos, desorden, individualismo y delincuencia. Hay quien tacha a las ciudades de máquinas de destrucción del ser humano y del medio ambiente. Éstas, en realidad, son el reflejo de los problemas de ámbito nacional, que no han sido resueltos por culpa sobre todo del sistema económico imperante, que olvida a la persona y que limita el concepto de desarrollo a

desarrollo económico.

Por todo ello, en el futuro tendrá cada vez más importancia la participación ciudadana. El avance de la comunicación electrónica, el gran número de organizaciones internacionales con competencias más marcadas, las organizaciones no gubernamentales, los medios de comunicación, han creado una opinión pública internacional que escapa, de alguna manera, al control estatal. Cada vez es mayor el número de personas que disfruta de la oportunidad de tener opiniones propias y manifestarlas, gracias a la libertad de expresión

—pilar de la democracia— que hay que reforzar y defender. No hay que olvidar, sin embargo, el fenómeno de exclusión que sufren los países menos adelantados, donde la pobreza extrema condena a sus habitantes al silencio. Lograr dar voz y voto a esa gran mayoría silenciosa es el reto del futuro. No hay paz duradera sin desarrollo justo. Habrá que ir, entonces, a las raíces de los conflictos para buscar soluciones reales. Se hace necesario cambiar el orden de valores y plantear como reto para el nuevo milenio una reordenación ética, política, económica y social. Hasta ahora hemos tenido una cultura bélica. Hoy sabemos que armarnos para sentirnos protegidos no ha dado resultado. Tal vez una apertura a los demás, al conocimiento del “otro”, a la tolerancia, sea el camino para la construcción de la paz.

Como ex director general de la UNESCO, Federico Mayor Zaragoza dedica un capítulo a esbozar las máximas prioridades planificadas por esta institución para los próximos años: la juventud, la mujer, África y los

países más pobres, y afirma que es necesario pasar del plano técnico y teórico al estratégico-político.

Bajo el título “las claves del futuro”, desarrolla algunos de los puntos principales tratados en la primera parte del libro, insistiendo en que es ahora cuando hay que cambiar la cultura bélica por una cultura de paz. Es el momento histórico oportuno y no hay que desaprovecharlo. Se trata de auténticos nudos gordianos, un reto para todos en vísperas del nuevo siglo.

Elsa Velasco
CIP